

como el impacto de la cultura militar en el ritual o los cambios respecto de los protagonistas de las festividades. De otro lado, el autor menciona la proliferación de los proyectos de monumentos permanentes, considerados como nuevos soportes de la memoria colectiva.

El libro abre un importante espacio de debate y reflexión. Lo primero que puede discutirse es la periodización que utiliza el autor. En nuestra opinión, esta opción temporal permitió a Ortemberg romper con la visión tradicional de las historias nacionales, que separan tajantemente el periodo colonial del republicano. No obstante, la «ruptura» cronológica del autor en 1828 nos motiva a hacer la siguiente interrogante: ¿qué ocurrió con la ritualidad y la simbología nacional después de la desbolivarización, concretamente en el periodo del caudillismo?

Para concluir, podemos decir que el texto del historiador argentino ofrece a los lectores un completo y complejo cuadro del ritual público en el Perú, en tanto lenguaje privilegiado de la acción política. Además, invita a seguir con nuevas investigaciones en el campo de lo ritual y lo simbólico, con el objeto de «examinar los cambios en la continuidad y las continuidades de los cambios» (p. 361).

EUGENIA BRIDIKHINA

Universidad Mayor de San Andrés

PORTOCARRERO SUÁREZ, Felipe. *Grandes fortunas en el Perú, 1916-1960. Riqueza y filantropía en la élite económica*. Lima: Universidad del Pacífico, 2013, 458 pp.

Desde su nacimiento como disciplinas formales, las ciencias sociales han planteado el estudio de la estructura del poder económico como una de sus prioridades. En muchos casos, este objetivo ha tenido claras implicancias políticas. En el Perú, la escuela marxista (con mayor intensidad en la segunda mitad del siglo XX) llevó a cabo intentos de caracterizar a la élite económica del país como parte de una agenda de transformación

social y transferencia de poder (hacia organizaciones de base o un Estado redistributivo). De manera más general, por su presencia secular, la noción de «los ricos» como grupo dominante de la sociedad se encuentra instalada en la memoria colectiva, aunque a un nivel abstracto y basado en evidencia anecdótica (en el caso del Perú, con una exaltación especial de los terratenientes). En este contexto, no es exagerado decir que *Grandes fortunas en el Perú, 1916-1960* constituye el esfuerzo más sistemático y cuantitativamente robusto realizado hasta la fecha en este campo. Concretamente, el libro busca rastrear los orígenes sociales y medir la composición y magnitud de la riqueza de la élite económica que surgió en el Perú entre finales del siglo XIX y principios del XX a partir de una importante matriz de datos: el Archivo de Sucesiones de Lima (ASL). Asimismo, si bien el trabajo parte de una «radiografía estadística», la información contenida en la fuente utilizada permite al autor (poseedor de una buena capacidad de reconstrucción de época y un lúcido sentido deductivo) intentar ir más allá, llegando a arrojar luz sobre las estrategias de permanencia y los valores de la élite económica en el periodo indicado.

Conviene iniciar la evaluación del trabajo desde su marco de análisis. Como indica el autor, la investigación no se dedica a explorar la relación de la élite con la historia de la etapa estudiada. En cambio, sobre la base de una evidencia estadística firme, intenta caracterizar al grupo con pragmatismo, amplitud de criterio y distancia respecto de toda categoría intelectual que presuponga una unidad de intereses, una cierta estructura hegemónica o un determinado rol político. De esta flexibilidad analítica emerge el retrato de una élite mucho más diversa de lo que se suele suponer, como se comenta más adelante. Resulta alentador pensar en este aporte como punto de partida para una historia política de la élite sustentada en una base positiva más sólida. En el mismo tenor, el autor opta por identificar, a partir de las fuentes disponibles, la multiplicidad de factores que pudieron definir la mentalidad de la élite, sin proponer un «equivalente funcional» de la ética protestante (es decir, forzar un *ethos* económico a la Weber).

Así, la obra concluye que la élite económica en el Perú entre fines del siglo XIX y mediados del XX nunca constituyó una «oligarquía de

cuarenta familias» (según una concepción ampliamente popularizada), y que, lejos de haber sido homogénea, más bien fue diversa en cuanto a orígenes sociales, composición patrimonial y estrategias de inversión. Enfatiza también que, en vez de haber gozado de continuidad histórica, experimentó un «cambio radical» en su composición durante el periodo de estudio, en comparación con la élite que prevaleció antes de ese gran punto de quiebre que fue el desastre de la guerra del Pacífico. En contraste con la antigua aristocracia de origen colonial, la nueva clase alta fue más abierta, pues acogió a nuevos miembros, especialmente inmigrantes y nuevos ricos de origen provinciano (la evidencia estadística utilizada sugiere que, en el periodo de estudio, estuvo formada por un tercio de extranjeros y dos quintos de provincianos). Asimismo, si bien el componente rentista tuvo una presencia importante en el grupo, la investigación sugiere un cambio claro hacia una mentalidad más moderna, reflejada en la diversificación del portafolio agregado de activos de la élite y en el predominio, dentro de este, de las inversiones en inmuebles urbanos y negociaciones agrícolas, comerciales e industriales (la tenencia de inmuebles parece haber sido un instrumento preferido de *hedging* contra la inflación y otras perturbaciones económicas en una época que incluyó, notablemente, el *boom* inmobiliario del Oncenio de Augusto B. Leguía). Otra conclusión importante es que la concentración de la riqueza fue menos extrema de lo que frecuentemente se presume. Probablemente, el Cuadro 1.6 sea el más sólido «quién es quién» elaborado hasta la fecha sobre la élite de la época (con el magnate minero Eulogio Fernandini a la cabeza). Dicho cuadro sugiere que solo el 1% de sus miembros era «multimillonario»; el 14%, «millonario», y el 85%, «rico». Estos últimos (considerablemente por debajo, a nivel individual, de los integrantes de los dos primeros bloques) detentaban una porción elevada de la riqueza total del grupo. Es esencial señalar también que el elemento biográfico del libro, aparte de la anécdota social, sirve para rastrear en detalle las rutas que siguieron los diferentes segmentos de la élite en su proceso de acumulación.

El libro incluye una discusión franca sobre las características de la base estadística usada. El ASL (instaurado en 1916 para definir la base tributaria del impuesto a las herencias) es la rica cantera de datos de la

que el autor extrae no solo los expedientes sucesorios (las declaraciones de los bienes de los fallecidos), sino también otros documentos que proporcionan información sobre lugar de nacimiento y muerte, ocupación, número de hijos y herederos, legados, donaciones, profesión, etc. Conviene aquí tener presentes algunas observaciones (mencionadas por el propio autor) para calibrar el alcance de las conclusiones del estudio. En especial, los patrimonios registrados en el ASL están por encima de un umbral legal arbitrario (a partir del cual se pagaba el impuesto). Sin embargo, parecen ser lo suficientemente representativos como para revelar las tendencias de la estructura de propiedad del grupo social. En cuanto a la selección muestral usada en el estudio, el autor señala que se revisaron 32.000 expedientes, de los cuales se escogieron 800 casos para ser estudiados con mayor profundidad. Es de suponer que, más que técnicas estándares de muestreo estadístico, el autor utilizó su juicio y conocimiento previo sobre las familias más notables de la época. Aunque esto introduce un cierto grado de discrecionalidad, probablemente no afecte significativamente la representatividad de la muestra. Otro aspecto estadístico importante es la tasación de los patrimonios declarados, de cuya precisión dependen muchas de las conclusiones del estudio. Sobre este tema, el autor sugiere que el gremio de tasadores era ya en aquel tiempo un cuadro orgánico que operaba con considerable profesionalismo y no era particularmente permeable a la corrupción.

Un par de comentarios finales. El primero se refiere al concepto de «fortuna típica». El propio autor establece que no todos los miembros de la élite tuvieron una estructura patrimonial igual a la que refleja la «fortuna típica» (mencionada en el primer capítulo), pues la diversidad en sus estrategias de inversión y en los montos de las fortunas acumuladas fueron más la regla que la excepción. Es probable que esta diversidad de estrategias reste representatividad al concepto de «fortuna típica», entendido como «portafolio promedio», por lo que tal vez sea más apropiado referirse a él simplemente como la estructura del portafolio agregado de activos del grupo. El segundo comentario es que la información del ASL registra el patrimonio de los ricos que *fallecieron* en el periodo, no de todos los que vivieron en él. Así, permite conocer los activos que

muchos de ellos heredaron, pero no la acumulación personal que posteriormente llevaron a cabo. Aunque excede los objetivos del trabajo, una consecuencia de esto es que potencialmente deja fuera del radar a algunas fortunas altamente significativas en el momento de ese otro punto crítico de la historia de la élite —especie de fin de una *belle époque*— que fue el gobierno militar que se inició en 1968. Probablemente, este solo tema sería motivo de otro estudio a profundidad con el mismo enfoque del libro que ha sido comentado.

CARLOS PEREYRA PLASENCIA
Banco Central de Reserva del Perú